

La liberación, el descanso, el poder y la consagración

Según la Palabra de Dios

Edward DENNETT

biblicom.org

Índice

1 - La liberación	3
1.1 - Muchos cristianos no son felices	3
1.2 - Para tener una vida cristiana feliz, hay que aprender la verdad de nuestra muerte con Cristo	5
1.2.1 - Las consecuencias de esta posición	5
1.2.2 - (1) Hemos muertos al pecado; la liberación del pecado	6
1.2.3 - (2) La liberación de la Ley; hemos muerto a la Ley	6
1.2.4 - (3) Hemos muerto al mundo	8
1.2.5 - (4) La liberación del hombre, del «yo»	8
1.3 - Para disfrutar del poder de estas verdades	9
1.3.1 - (1) Hay que conocer el carácter de la carne	9
1.3.2 - (2) Somos absolutamente impotentes en nuestra lucha contra la carne	11
1.3.3 - (3) Hay 2 naturalezas en nosotros	12
1.3.4 - (4) La liberación está en Cristo	14
2 - El descanso, el poder, la consagración	14
2.1 - El descanso (Rom. 8:1) – El conocimiento de nuestra nueva posición en Cristo	15
2.1.1 - No hay más condenación	15
2.1.2 - El alma aprende lo que es Cristo	16
2.1.3 - Nos regocijamos en estar ocupados solo en Cristo	16
2.2 - El poder (Rom. 8:9, 13)	17
2.2.1 - Hacer morir las obras de la carne por medio del Espíritu	17
2.2.2 - La acción del Espíritu Santo con poder en el creyente solo se mantiene si este camina en comunión con Dios	17
2.2.3 - No debemos esperar ser conscientes de este poder	18
2.2.4 - No estamos «dotados» de poder espiritual	19
2.2.5 - No descansar hasta saber en la práctica lo que es ser instru- mentos para la manifestación del poder divino en este mundo	20
2.3 - La consagración (Rom. 8:9-10)	20
2.3.1 - El problema: ¿es un acto de abandono voluntario de nosotros mismos al servicio de Dios?	21
2.3.2 - Romanos 6:13 y 12:1 : entregarse a Dios es un acto hecho en el poder del Espíritu Santo en virtud de nuestra muerte con Cristo	22

2.3.3 - Lo que realmente es la consagración	23
2.3.4 - Los obstáculos: la consagración se mantiene mediante la renuncia constante al «yo» <i>por el poder del Espíritu Santo</i> . . .	27
2.3.5 - La consagración nunca será completa; la santificación progresiva	28
2.3.6 - La característica del creyente consagrado: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí	29

1 - La liberación

1.1 - Muchos cristianos no son felices

Es triste comprobar que la mayoría de los cristianos no son felices y, si quieren ser sinceros, reconocen que han sufrido dolorosas decepciones en su vida cristiana. Cuando se convirtieron, el futuro estaba lleno de promesas, era como el amanecer de un día sin nubes, lleno de paz y gozo. Pero apenas comenzaron su viaje, nubes de todo tipo oscurecieron su cielo y, con la excepción quizás de algunos rayos de sol, las cosas continuaron más o menos así y, en muchos casos, fueron aún peores. Se esperaba la lucha, pero ¡ay!, la lucha generalmente terminó, no con la victoria, sino con la derrota. El mal interior y el enemigo exterior han triunfado y siguen triunfando, de modo que un estado de abatimiento y desánimo ha sustituido a la confianza y alegre esperanza del principio.

Luego viene la tristeza, cuando descubrimos que tal experiencia no se corresponde en absoluto con lo que nos presenta la Palabra de Dios.

Es muy cierto que nos encontramos en un entorno hostil, que Satanás se esfuerza sin cesar por envolvernos en sus artimañas, que somos peregrinos y extranjeros, que por lo tanto no podemos esperar ni comodidad ni descanso en el mundo por el que transitamos, y que nuestros cuerpos están expuestos a sufrimientos de todo tipo; pero ninguna de estas cosas, ni siquiera todas juntas, debería oscurecer y afligir nuestras almas. Escuchad al apóstol Pablo; después de haber mostrado que, «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos acceso, por la fe, a esta gracia en la que estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios», continúa diciendo: «Y no solo [esto], sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza, y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom. 5:1-5). Si, además, quieren conocer la experiencia del cristiano, lean la Epístola a los Filipenses. Allí encontrarán que un creyente puede ser perfectamente feliz, aunque esté en prisión y bajo la amenaza diaria de ser condenado a muerte; que puede tener a Cristo como único motivo, único objeto y único fin; como único deseo, estar con él y ser semejante a él, y que así puede encontrarse por completo por encima de las circunstancias, capaz de estar satisfecho en cualquier situación y pudiendo todo gracias a Aquel que le da la fuerza interior.

¡Qué contraste entre esta experiencia y la de la mayoría de los creyentes!

Pero, dirán, esa es la experiencia de un apóstol, y nosotros no podemos pretender alcanzar tal altura.

Es cierto que la meta es elevada, pero ni siquiera Pablo es nuestro modelo, por muy avanzado que estuviera en la vida espiritual; nuestro modelo perfecto es Cristo. Recordemos además que, salvo su don especial, el apóstol no poseía ninguna bendición que no perteneciera también al creyente más humilde. ¿Era hijo de Dios? Nosotros lo somos. ¿Tenía el perdón de los pecados? Nosotros lo tenemos. ¿Disfrutaba del privilegio inestimable de tener el Espíritu? ¡El Espíritu de adopción, morando en él! Nosotros también. ¿Era miembro del Cuerpo de Cristo? Nosotros lo somos. Podríamos enumerar así todas las bendiciones que se derivan de la redención, y veríamos que Pablo no era en modo alguno una excepción, porque, con él, somos herederos de Dios y coherederos de Cristo.

Si esto es así, ¿cómo es que tan pocos creyentes hagan la misma experiencia? ¿Cómo es que tan pocos conocen el descanso y la felicidad permanentes?

Llamamos seriamente la atención de los lectores sobre la respuesta a esta pregunta.

La causa fundamental de la dificultad que hemos mencionado es la poca buena voluntad o la negligencia de los hijos de Dios para aprender todo lo que se les asegura en Cristo. Muchos se contentan con haber nacido de nuevo, otros con saber que sus pecados son perdonados, de modo que su salvación es el objetivo y el fin de sus deseos. La consecuencia es que los primeros días de su vida cristiana son a menudo los mejores, y vemos a muchos creyentes, antes alegres y fervientes, ahora despreocupados e indiferentes, si no mundanos.

Permítanme decir que, si un cristiano no desea nada más que el perdón de los pecados, pronto descubrirá que no tiene poder para resistir ni a las solicitudes de la carne ni a las tentaciones de Satanás. ***Para tener una vida cristiana feliz, es indispensable conocer prácticamente la verdad de nuestra muerte con Cristo.*** Si no llegamos hasta ahí, solo tendremos agitación y lucha, sin esperanza de victoria.

Diré la razón en pocas palabras. Nuestra redención debe responder a 2 cosas: a nuestros pecados y a la naturaleza que los produce; al mal fruto y al árbol del que proviene. La preciosa sangre de Cristo responde a nuestras necesidades en cuanto al primer punto. Era el único camino posible para quitar la culpabilidad que pesaba sobre nosotros (vean [Hebr. 10](#); [1 Juan 1:7](#)). Pero, aunque hemos sido hechos más blancos que la nieve por la sangre de Cristo, aunque hemos nacido de nuevo y, por lo

tanto, tenemos una nueva naturaleza y una nueva vida, la naturaleza mala subsiste en toda su corrupción y no puede ser purificada ni mejorada. Es la convicción de esta verdad y la comprensión de la impotencia de la nueva naturaleza en sí misma y por sí misma, en su lucha contra la carne, lo que lleva al alma a exclamar en [Romanos 7](#): «¡Soy un hombre miserable! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?». ¡Cuántos hijos de Dios siguen lanzando este mismo grito lleno de amargura!

¿Cómo responde Dios a esta necesidad de los creyentes?

1.2 - Para tener una vida cristiana feliz, hay que aprender la verdad de nuestra muerte con Cristo

1.2.1 - Las consecuencias de esta posición

Encontramos la respuesta [a la pregunta anterior] en el capítulo 6 de la Epístola a los Romanos: «Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, está justificado del pecado» (v. 6-7). La expresión el «viejo hombre» se utiliza para designar la naturaleza mala que hemos heredado de Adán, la carne, como principio del mal en nosotros; y «el cuerpo del pecado» significa el pecado en su conjunto, como un todo. Aprendemos en este pasaje (vean [Rom. 8:3](#)) que Dios ya ha actuado con respecto a nuestra mala naturaleza, y lo ha hecho en la muerte de Cristo; que allí condenó el pecado en la carne. El apóstol dice: «Con Cristo estoy crucificado» ([Gál. 2:20](#)). No solo el Señor Jesús, en su infinita gracia, llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, sino que Dios, en su inefable misericordia, nos asocia a la muerte de Cristo, de modo que ya ha pasado **juicio sobre lo que somos**, es decir, sobre nuestra carne, raíces y ramas. Por lo tanto, en la muerte de Cristo, él proveyó 2 cosas: nuestros pecados y nuestra mala naturaleza, y ambos fueron judicialmente quitados para siempre de delante de Su rostro.

Esto es lo que Dios nos dice en su Palabra; y si, por su gracia, acepto que su testimonio es verdadero en cuanto a la eficacia de la sangre de Cristo, ¿por qué no lo aceptaría también cuando me enseña que me ha asociado a la muerte de su amado Hijo? Es sobre este mismo hecho que el apóstol basa su exhortación en [Romanos 6](#): «Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (v. 11). Es decir, recibo por la fe la declaración de Dios y actúo en consecuencia; rechazo las solicitudes de la carne, basándome en el hecho de que he muerto a la carne, porque tengo parte en la muerte de Cristo. En otras palabras: acepto mi muerte con Cris-

to como la verdad ante Dios y, por lo tanto, ocupo en este mundo el lugar de un hombre muerto.

1.2.2 - (1) Hemos muertos al pecado; la liberación del pecado

Examinemos ahora las consecuencias que se derivan de la aceptación de esta posición. En primer lugar, estamos libres o justificados del pecado. Obsérven que es del «pecado», y no “de los pecados”, es decir, que la carne, «el pecado en la carne», el principio malo de nuestra naturaleza corrupta, «el viejo hombre», ya no tiene ningún derecho sobre nosotros. Sigue estando en nosotros, y estará allí hasta el final de nuestra peregrinación; pero mientras me considere muerto, mientras acepte la muerte sobre lo que soy como nacido de la carne, no tiene poder sobre mí. Antes era su esclavo, pero ahora soy libre de esa esclavitud; ¿y cómo? Por la muerte, mi muerte con Cristo. Mi antiguo amo ya no tiene ningún derecho sobre mí; por la muerte, he sido liberado de su yugo. Supongamos que ustedes están cerca de un hombre muerto y que intenta por todos los medios seducirlo para que peque, ¿no vería inmediatamente la locura de tal intento? Sea cual fuera en vida, el pecado ya no tiene ninguna acción ni poder sobre él. Ni siquiera Satanás puede tentar a un hombre **muerto**. Así será con nosotros, si por gracia, hora tras hora, minuto tras minuto, nos consideramos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Este es el único camino hacia la victoria. Algunos querrían vencer con un esfuerzo decidido de la voluntad, otros buscando morir al pecado; pero el camino de Dios es el que hemos mostrado. Es **porque estamos muertos** por lo que se nos exhorta a mortificar nuestros miembros (Col. 3:5), es decir, a aplicar la muerte a nosotros mismos, a llevar «siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús» (2 Cor. 4:10), de modo que todo movimiento del pecado, de la carne, sea detenido y juzgado. El método del hombre conduce al ascetismo y, al final, a la peor de las esclavitudes; el de Dios conduce a la liberación y a una feliz libertad.

1.2.3 - (2) La liberación de la Ley; hemos muerto a la Ley

La segunda consecuencia es **la liberación de la Ley**. Así escribe Pablo: «Habéis muerto a la Ley por medio del cuerpo de Cristo». Y también: «Hemos sido liberados de la Ley, habiendo muerto a aquello que nos tenía cautivos» (Rom. 7:4-6, etc.; vean Gál. 2:19). Como explica el apóstol, la Ley solo tiene autoridad sobre el hombre mientras vive. Por lo tanto, habiendo muerto con Cristo, hemos sido liberados del

poder de la Ley, y es una bendición para nosotros que así sea, «porque todos los que son de las obras de la Ley están bajo maldición» (Gál. 3:10). Esto debería ser un mensaje feliz para todo creyente. Por naturaleza, todos somos legales, y esta tendencia al legalismo permanece en nosotros, incluso después de habernos convertido en hijos de Dios por la fe en el Señor Jesús. Entra, por así decirlo, en la textura misma de nuestro ser, de modo que se manifiesta constantemente en nuestras palabras y acciones. El resultado es que muchos conocen poco la libertad en la que Cristo nos ha puesto al liberarnos, y gimen diariamente bajo la servidumbre que se han impuesto a sí mismos.

Pero, ustedes dirán, nosotros no estamos bajo la Ley. Los judíos lo estaban, pero ¿es esto cierto para los creyentes gentiles?

No en el mismo sentido, pero el principio legal es tan innato en nosotros como en los judíos. Por ejemplo, si después de convertirme siento que debería amar más al Señor Jesús y trato de hacerlo, o que debería orar mejor y me siento abatido o desanimado porque no he cumplido este deber con mayor exactitud, estoy, **en principio**, en estos casos, tan bajo la Ley como los judíos. La esencia de la Ley reside en su «*debes*»; así, si cambio los preceptos del Señor por “debes hacer esto o aquello”, me pongo bajo el yugo de la Ley. Y en cuanto lo hago, me encuentro en el camino de la caída y de la mala conciencia.

Por lo tanto, lo que todos tenemos que aprender es que, por nuestra asociación con la muerte de Cristo, somos liberados tanto de la Ley como del principio de la Ley. Estamos casados con otro, con Aquel que resucitó de entre los muertos, para que demos fruto para Dios. «Fruto», notemos, y no «obras de la Ley». El cristianismo no tiene “debes”, sino que sustituye las obras de la Ley y las de la carne por los preciosos frutos del Espíritu Santo (Gál. 5), que no son producidos por el esfuerzo del hombre como lo son las obras, sino por el poder divino.

La diferencia entre estas 2 cosas es tan grande como posible. Sabiendo que no podemos obtener fruto para Dios por ningún esfuerzo o trabajo nuestro, y habiendo aprendido al mismo tiempo que el poder que puede producir fruto está en otro (que, en verdad, obra por medio del Espíritu que mora en los suyos), nuestros ojos se dirigen hacia arriba, hacia él, con la confianza de que nos empleará para su gloria según su propia voluntad. Por lo tanto, en lugar de trabajar, confiamos en Él; en lugar de buscar el fruto en nosotros mismos, deseamos que Cristo obre en nosotros según la energía de su poder divino.

1.2.4 - (3) Hemos muerto al mundo

Una tercera consecuencia es que estamos **liberados del mundo**. El apóstol, en oposición a ciertos legalistas que deseaban escapar de la persecución y se gloriaban en la carne, dice: «Lejos esté de mí de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me ha sido crucificado, y yo al mundo» (Gál. 6:14). Como leemos en el Evangelio según Juan, el mundo fue juzgado en la muerte de Cristo. La crucifixión del Salvador fue la condena total y absoluta del mundo que lo rechazó. Dios lo juzgó moralmente en la cruz, y Pablo, en comunión con el pensamiento de Dios, lo considera crucificado para él en esa misma cruz, y él, de la misma manera, crucificado para el mundo. De este modo, quedó completamente liberado, porque si ambos estaban crucificados, él y el mundo, no podía haber atracción entre ellos. El mundo, con todos sus encantos y seducciones, no podía atraer a alguien que lo consideraba moralmente juzgado por la muerte de Cristo, y ciertamente aquel que se consideraba a sí mismo crucificado por la cruz de Cristo, no podía sentir ningún atractivo por el mundo. Visto así, la cruz es una barrera infranqueable entre el mundo y el cristiano, y no solo es una barrera, sino también el medio por el cual se manifiesta el verdadero carácter del mundo. De ahí aprendemos que la amistad con el mundo es enemistad con Dios, en la medida en que lo consideramos siempre en relación con la cruz de Cristo.

1.2.5 - (4) La liberación del hombre, del «yo»

Hay una última consecuencia de nuestra muerte con Cristo, y es que **hemos sido liberados del hombre**. «Si moristeis con Cristo a los elementos del mundo», dice el apóstol, «¿por qué, como si vivieseis aún en el mundo, os sometéis a decretos tales como: no tomes, no gustes, ni toques?» (Col. 2:20). Aquí vemos al hombre religioso, aquel cuyo objetivo es mejorar la carne, pero que, en lugar de corregirla, solo la satisface. Este importante pasaje nos enseña que el creyente, al morir con Cristo, queda completamente liberado del hombre y de sus pretensiones religiosas. Si las reconociera, ocuparían su lugar como vivo en el mundo y negaría su propia asociación con Cristo en su muerte. Por lo tanto, pierde de vista al hombre; en realidad, lo rechaza por completo y niega su supuesta autoridad, porque está sometido solo a Cristo. Por eso, incluso en las relaciones de la vida, obedece a los magistrados, a los maestros o a los padres, porque Cristo mismo lo ha colocado en una posición de subordinación. Así, un pobre esclavo cristiano, al obedecer a su amo, obedece al Señor Jesucristo (Col. 3:22-25).

Por lo tanto, hay una liberación completa para el creyente que se considera muerto con Cristo: la liberación del pecado, de la Ley, del mundo y del hombre. Se puede decir del creyente, en los términos que se aplicaban a Israel, que tiene cautivos a los que lo tenían cautivo (Is. 14:2). Todos los enemigos son vencidos, y solo Cristo es reconocido como Señor.

Si esto es cierto, ¿cómo es que son tan pocos los que entran en este camino de liberación y santa libertad?

1.3 - Para disfrutar del poder de estas verdades

No solo es necesario que hayan sido aprendidas como doctrinas, sino que también hayan sido aprendidas experimentalmente. Hay 4 cosas que deben adquirirse por experiencia.

1.3.1 - (1) Hay que conocer el carácter de la carne

En primer lugar y por encima de todo, hay que conocer prácticamente el carácter de la carne. Dios nos ha declarado lo que es, incluso en el Antiguo Testamento (Gén. 6), y nos lo recuerda una y otra vez en el Nuevo; podemos aceptar su testimonio y dar nuestro asentimiento sin vacilar; pero, repito, a menos que hayamos aprendido por experiencia la naturaleza de la carne, siempre esperaremos, en mayor o menor medida, algo bueno de ella. Cuántas veces, por ejemplo, le sucede a un cristiano decir: “Lo haré mejor la próxima vez”; o bien: “Si tuviera que volver a empezar, evitaría tal o cual falta, tal o cual descuido”. Hablar así demuestra que se olvida por completo que, en realidad, la carne es incurable; porque si nuestra mala naturaleza está totalmente corrompida, ¿cómo podría actuar en el futuro de manera diferente a como lo ha hecho en el pasado? ¡No podría! Es cierto que podemos mirar al Señor para que, por su gracia, nos guarde de caer en los mismos pecados, pero si realmente hemos reconocido lo que es la carne, habremos aprendido al mismo tiempo que haríamos lo mismo en el futuro que en el pasado, a menos que fuéramos guardados por el poder divino.

El capítulo 7 de Romanos nos presenta el caso de un hombre que posee la vida, pero que, ignorando la plenitud de la gracia de Dios en la redención, se esfuerza, bajo la Ley, por producir fruto para Dios. ¿A qué conclusión llega? A esta: «Porque lo que practico no es lo que quiero, sino lo que odio, eso hago». Y continúa diciendo:

«Pero si hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena. Entonces ya no soy yo quien obra así, sino el pecado que habita en mí». Es decir, ha descubierto que la carne (en un caso como el suyo) quiere seguir su propio camino, y que ese camino es siempre el pecado. Por eso nos dice: «Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no habita el bien» (vean v. 14-20). Aprendió la lección y, desde ese momento, no espera nada más que el mal de la carne. Ahora bien, sin duda es una dicha para el alma llegar a esta conclusión.

Hay 2 maneras de aprender esta lección: o en la presencia de Dios, en comunión con él; o en la presencia de Satanás, mediante el pecado y las caídas. El propio Pablo parece haber sido un ejemplo del primer caso. Como judío, había sido tan moral y recto que, más tarde, guiado por el Espíritu de Dios, podía decir de sí mismo: «En cuanto a la justicia que hay en [la] ley, irreprochable» (Fil. 3:6). Tenía, pues, todos los motivos para pensar que había algo bueno en él. Lo dice él mismo: «Si algún otro piensa [poder] confiarse en la carne, yo más» (Fil. 3:4). Pero cuando se le reveló Cristo glorificado, se produjo una revolución completa en su alma. Vio todas las cosas bajo una nueva luz: la luz de la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Jesucristo, y de inmediato reconoció que la carne y sus mejores obras no tienen ningún valor. Desde entonces pudo decir: «Las cosas que para mí eran ganancia, las he considerado como pérdida a causa de Cristo. Y aún todo lo tango por pérdida, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, Señor mío, por causa de quien lo he perdido todo y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo» (Fil. 3:7-8).

Este fue el pensamiento de toda su vida y, en consecuencia, rechazó la carne en todas sus formas y aspectos, como algo totalmente malo, sabiendo que, al igual que la higuera del Evangelio, a pesar de todo el cultivo y los cuidados posibles, nunca puede dar fruto para Dios.

Pedro es el ejemplo de quien aprende a conocer la carne por medio de una caída.

Hombre impetuoso y de gran corazón, amaba a su Maestro con ardiente afecto. Por eso, cuando el Señor advirtió a sus discípulos diciendo: «Todos os escandalizaréis, porque está escrito: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán», Pedro le dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo no» (Marcos 14:27-31). Estaba dispuesto, decía, a dar su vida por Jesús (Juan 13:37). ¿Y qué produjo esta confianza en su afecto y en su propia fidelidad? No era más que confianza en la carne, y ya sabemos cuál fue el resultado. ¡Qué comentario sobre nuestra mala naturaleza! Paso a paso, Pedro se hundió en el fango y termina por negar por completo a su Señor. Había sido bien advertido, bien prevenido, pero la carne mostró con evidente claridad cuán corrupta

es, y arrastró a Pedro al precipicio del pecado y de la iniquidad. Su caída se convirtió en gloria para el Señor y en bendición para él mismo, pero está ahí para nuestra instrucción, para revelarnos de la manera más clara que en la carne, incluso en la carne de un discípulo sincero y devoto, no hay nada bueno.

Cualquiera que quiera conocer lo que es la gracia de Dios en nuestra redención, debe aprender la misma lección de una u otra de estas 2 maneras. Si no lo hemos hecho, siempre esperaremos algo de nosotros mismos, aunque siempre decepcionados. Un árbol malo siempre dará frutos malos; cuando hayamos aprendido prácticamente esta verdad, habremos terminado con nosotros mismos y no esperaremos nada más que del Señor. Por falta de vigilancia, la carne aún puede manifestarse y llevarnos al pecado, pero ya no nos sentimos decepcionados. Hemos aprendido la lección y, al juzgarnos a nosotros mismos ante Dios por nuestra falta, invocamos al mismo tiempo la gracia para estar más vigilantes en el futuro. Queridos lectores, insisto seriamente en este punto, porque hasta que no hayan pasado por esta experiencia, no podrán tener una paz sólida. Si trata de evitarla, se exponen, como los hijos de Israel en el desierto, a pruebas, castigos y faltas de todo tipo, mientras que, si aceptan el testimonio de Dios acerca de su propia carne y ***aprenden esta verdad con Él en su alma***, de manera que habitualmente se pongan del lado de Dios contra sí mismos, comenzará un nuevo día caracterizado, independientemente de sus pruebas y penas, por el resplandor radiante de la gracia y el gozo, porque lo pasarán con Dios.

1.3.2 - (2) **Somos absolutamente impotentes en nuestra lucha contra la carne**

La segunda lección que debemos aprender es que no tenemos fuerza alguna, que somos absolutamente impotentes en nuestra lucha contra la carne y que, como dice el apóstol: «El querer hacerlo está en mí (pero el obrar lo que es bueno, no). Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico» (Rom. 7:18-19). ¿No es esta, queridos lectores, la descripción exacta de la experiencia de miles de personas, y tal vez de la suya? El efecto ha sido que han caído en un estado de indiferencia, si no de abatimiento, de tal manera que, dejando incluso de resistir a la rápida corriente que los arrastraba, han llegado a la conclusión de que no había nada que hacer sino abandonarse a ella, ya que eran incapaces de luchar contra ella. ¡Ay, si las almas quisieran ser sinceras, más de una confesaría que esa ha sido su condición durante años, una condición que no glorifica a Dios y que no le reporta ninguna felicidad! ¿Cuál es la causa de esto? Simplemente el error de pensar que todo depende de sus propios esfuerzos, en lugar de aceptar la verdad

de que son absolutamente impotentes y que, por lo tanto, todo depende de Dios. El pecador mismo debe aprender no solo que es culpable e impío, sino también que es impotente (Rom. 5:6), y el creyente también debe comprender, no solo que en su carne no habita el bien, sino también que, por sí mismo, no puede hacer nada bueno. Cuando el Espíritu de Dios nos abrió los ojos, descubrimos que esa es la lección que Dios quiso enseñarnos con esta larga serie de fracasos, que se repiten sin cesar. Han luchado contra sus enemigos con un valor indomable; derrotados, han vuelto a empezar una y otra vez, y nunca han obtenido la victoria. Una vez más, han entrado en la lucha, decididos a vencer, pero ¡ay!, han vuelto a sucumbir. ¿Qué tienen que aprender de estas dolorosas experiencias? La respuesta es evidente. Que el enemigo es demasiado fuerte para ustedes y que no pueden hacerle frente. Pero, dirán, ¿no podemos hacernos más fuertes? ¿No debemos crecer en la gracia? Y cuando hayamos aprendido a conocer mejor el carácter del enemigo, ¿no es posible que logremos vencerlo?

Repetimos sin vacilar: No; si continúan en la dirección de sus propios *esfuerzos*, les espera la misma derrota. No hay esperanza, en lo que se refiere a su propia fuerza.

Si, por otra parte, aceptan como verdadera su perfecta impotencia y acaban así con su propia fuerza, habrán encontrado el descanso para su alma, porque comprenderán al mismo tiempo que su ayuda, su fuerza y su socorro provienen de fuera y no de dentro, de Cristo y no de ustedes mismos. ¡Qué bendición inefable hay en este descubrimiento! Al dejar de luchar, sabrán lo que es descansar en otro, y podrán cantar con David: «Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?» (Sal. 27:1). En efecto, si, por un lado, han llegado a saber que están sin fuerza, por otro lado, se regocijarán al saber que sus fuerzas se cumplen en su debilidad.

1.3.3 - (3) Hay 2 naturalezas en nosotros

La tercera lección que hay que aprender es que el creyente tiene 2 naturalezas: una que le viene de Adán, y que la Escritura llama carne, el viejo hombre, el pecado, etc., y otra que recibe de Dios por el nuevo nacimiento. Estas 2 naturalezas están en completo antagonismo. Así, Juan dice, hablando de la última: «Todo el que ha nacido de Dios no practica el pecado, porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios» (1 Juan 3:9). Y, como hemos visto, Pablo dice de la primera: «Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no habita el bien». Es imposible concebir 2 declaraciones más opuestas, y vemos que el alma que pasa por

la experiencia descrita en [Romanos 7](#) aprende a distinguir entre estas 2 naturalezas que presentan un contraste tan grande. Así leemos: «Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien obra así, sino el pecado que habita en mí» (v. 20). Este hombre ha aprendido, pues, a identificarse con la nueva naturaleza, por lo que dice: «Ya no soy yo» (comp. con [Gál. 2:20](#), donde es Cristo el que se convierte en el «yo» del apóstol) y, al mismo tiempo, considera que la carne, la vieja naturaleza, no es más que pecado, y le atribuye todo el mal que ha sufrido. Esta naturaleza que está dentro de él (y que permanecerá allí mientras el creyente esté en la tierra), la trata ahora como enemiga, como el elemento que siempre trata de impedirle hacer el bien y le obliga a hacer el mal. Continúa diciendo: «Hallo, pues, esta ley, que queriendo yo hacer el bien, el mal está presente en mí. Porque me deleito en la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (v. 21-23).

Así, no solo es impotente en su lucha contra el enemigo, es decir, contra el pecado que habita en él, sino que es vencido y dominado en la lucha; está completamente en manos y bajo el poder de su enemigo. Sin embargo, ahora ha aprendido que «el pecado», la carne, es su enemigo y que, en cuanto a él, se complace en la ley de Dios según el hombre interior. Ahora bien, queridos lectores, este es un descubrimiento dichoso; por no haberlo hecho, muchas almas piadosas, en todas las épocas, han gemido y permanecido en la servidumbre, escribiendo cosas amargas contra sí mismas, estimando que tal debía ser la experiencia necesaria de cada uno de los días de su vida. Lean, por ejemplo, lo que se ha publicado del diario particular de varios siervos devotos del Señor, y encontrarán que estos fragmentos contienen sobre todo el análisis y la condena de sí mismos, porque se ocupaban de sí mismos, en lugar de ocuparse de Cristo, en el vano esfuerzo de extirpar el mal que encontraban en sus propios corazones, esfuerzo cuya inutilidad les hacía decir a menudo: Si somos hijos de Dios, ¿por qué somos así? Habían leído mal el capítulo 7 de Romanos, como muchos lo siguen haciendo, y por eso los momentos en que disfrutaban de la presencia y el favor de Dios solo se alternaban con horas de oscura tristeza y desánimo.

Por lo tanto, es una gran ganancia para nosotros haber aprendido que hay 2 naturalezas en nosotros y saber distinguir entre ellas, y es una bendición aún mayor haber sido llevados, a través de nuestras luchas y combates, en lo que a nosotros mismos se refiere, a reconocer nuestro cautiverio sin esperanza bajo la ley del pecado que está en nuestros miembros. Es una experiencia dolorosa, pero necesaria, porque así aprendemos a acabar con nosotros mismos. El fin de la carne, por así decirlo, se ha presentado ante nosotros, como hace tiempo que terminó ante Dios, y

sabemos desde entonces que el yo no puede ayudarnos, que estamos absolutamente desamparados y, ¡ay!, a merced de nuestro enemigo interior.

1.3.4 - (4) La liberación está en Cristo

Así queda preparado el camino para la cuarta lección. La carne ha obtenido la victoria. Ha sometido a la pobre alma que lucha sin esperanza, pero su victoria se convierte en derrota y termina con la liberación de la víctima. Hasta entonces, el alma ha luchado con sus propias fuerzas; ahora, en el dolor de la derrota y de una servidumbre sin remedio, deja de mirarse a sí misma, mira hacia fuera y exclama en su agonía: «¡Soy un hombre miserable! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?». Pero la liberación está ahí. Desde el momento en que la mirada se dirige hacia fuera y ya no hacia dentro, hacia el yo, la victoria está asegurada; la respuesta es inmediata: «¡Doy gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (7:25). La liberación se encuentra, al igual que la salvación, no en nosotros mismos ni en nuestros esfuerzos, sino en Cristo. Fíjense en la consecuencia. Mientras que en los versículos anteriores solo teníamos «yo» y «mí», estas últimas palabras desaparecen y en su lugar solo queda Cristo. ¡Bendita liberación! El «yo» ha desaparecido, el alma ha renunciado a él; Cristo lo sustituye, y encontramos en él la respuesta a todas nuestras necesidades, porque somos de Dios «en Cristo Jesús; el cual nos fue hecho sabiduría por parte de Dios, y justicia, y santificación, y redención» (1 Cor. 1:30).

Pero antes de que el Espíritu de Dios nos revele, en el capítulo 8, la parte bendita del alma liberada, el apóstol añade una frase: «Así, pues, yo mismo, con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado» (Rom. 7:25). Esta palabra es una instrucción que nos advierte que, sea cual sea nuestro progreso, siempre poseeremos estas 2 naturalezas. Al mismo tiempo que nos presentan su carácter, estas palabras nos advierten que nunca cambiarán; la carne, aunque seamos liberados de su dominio, seguirá siendo siempre carne y nunca podrá mejorarse. El enemigo no puede ser expulsado ni convertido en amigo; pero ahora conocemos su carácter y la fuente de nuestra fuerza, y por lo tanto estamos en guardia.

2 - El descanso, el poder, la consagración

Ahora mostraremos los maravillosos resultados de los que, por gracia, puede disfrutar el alma liberada. Son el reposo, el poder y la consagración. Examinemos en

detalle estos 3 puntos.

2.1 - El descanso (Rom. 8:1) – El conocimiento de nuestra nueva posición en Cristo

2.1.1 - No hay más condenación

El reposo no es solo el que sigue al cese de la lucha contra el pecado que habita en nosotros, sino también el reposo positivo que deriva del conocimiento de la liberación de la que ahora disfruta el alma. Por eso, las primeras palabras del capítulo 8 son: «No hay, pues, ahora ninguna condenación para los [que están] en Cristo Jesús». No es la simple afirmación de que el creyente está libre de toda condenación, sino más bien el descubrimiento de que *los que están en Cristo Jesús* están liberados de toda posibilidad de ser condenados. Este es el feliz objetivo que el alma ha alcanzado ahora. Examinemos por un momento lo que esto implica.

Ahora se sabe que el creyente ha sido retirado de su antigua posición y condición e, introducido en una nueva posición ante Dios en Cristo; en Cristo, que resucitó de entre los muertos y pasó a una nueva esfera, más allá y al otro lado de la muerte, una esfera donde ni la muerte ni la condenación pueden entrar. Por la muerte con Cristo, como ya hemos mostrado, el creyente ha dejado de estar asociado con el primer hombre, Adán, de modo que ahora, considerándose muerto al pecado, se cuenta también vivo para Dios en Cristo Jesús. En la muerte de Cristo, Dios juzgó, de una vez por todas, el pecado en la carne; juzgó la raíz y las ramas, y la ley del Espíritu de vida, en Cristo Jesús resucitado de entre los muertos, liberó al creyente de la ley del pecado y de la muerte. El pecado y la muerte solo tienen que ver con los que están en la carne; y puesto que el creyente no está en la carne (v. 9), sino en el Espíritu, su posición es aquella en la que domina la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús.

Nos encontramos, pues, repito, en una nueva posición, en la que la carne, y por consiguiente la condenación, no pueden reclamar nada, porque esta posición está en Cristo resucitado. Así como la sangre de Cristo nos libera de nuestra culpa, también la carne, el pecado, ha encontrado su juicio y su sentencia en la muerte de Cristo, y, por la gracia de Dios, estamos asociados con Cristo en su muerte. Estando ahora en Cristo, estamos completamente liberados y, como tales, libres de toda condenación. Podemos descansar en Aquel en quien estamos delante de Dios.

2.1.2 - El alma aprende lo que es Cristo

Pero, al mismo tiempo, el alma descubre otra cosa. ¿Cuál había sido la causa de su turbación y su sufrimiento? Su propio estado, su condición derivada de la presencia del pecado en ella. Ahora bien, lo que aprende ahora no es **lo que somos**, sino **lo que es Cristo**. ¿Está Dios satisfecho con lo que es Cristo? Entonces también nosotros podemos estar satisfechos, porque, no lo olvidemos, estamos en él, y lo que él es, **no lo que nosotros somos**, determina nuestra posición ante Dios.

En Cristo, pues, respondemos a los propios pensamientos de Dios, de modo que él puede descansar en nosotros con la misma satisfacción que encuentra en Cristo. Somos favorecidos en el Amado. Así, estando satisfecho todo deseo del corazón de Dios, no nos queda nada que desear; somos perfectos, en cuanto a nuestra nueva posición, tan completamente como Dios mismo puede desearlo, y por lo tanto tenemos un descanso perfecto. En cuanto a la carne, sabemos que no puede ser peor ni mejor de lo que es; y en cuanto a nuestra posición en Cristo, hemos aprendido que Dios está satisfecho con nosotros, ya que estamos ante él con toda la perfección de Cristo como Hombre glorificado. Es imposible desear más, y así entramos en el gozo de un descanso perfecto en Cristo. De hecho, así como por gracia hemos sido hechos capaces de aceptar a Cristo como nuestro sustituto en la cruz, ahora nos regocijamos en aceptarlo ante Dios en lugar de nosotros mismos. Los ojos de Dios están puestos en él, y los nuestros también, y así, en comunión con el corazón de Dios, hemos encontrado nuestro verdadero e inmutable descanso.

2.1.3 - Nos regocijamos en estar ocupados solo en Cristo

De ello se deriva otra consecuencia preciosa. Habiendo dejado de ocuparnos de nosotros mismos, después de haber caminado tanto tiempo por ese sendero, llenos de fatiga y amargura, después de haber experimentado su vanidad, nos regocijamos en estar ocupados solo en Cristo. Puesto que es él es quien determina lo que soy ante Dios, me complace contemplar sus perfecciones y glorias morales, meditar en cada rayo de la gloria de Dios que brilla en su rostro (2 Cor. 4), y en esta feliz ocupación, soy gradualmente transformado a su semejanza, en este mundo, por el poder del Espíritu Santo (2 Cor. 3:18). Contemplando a Aquel cuyo rostro no está velado, a diferencia del de Moisés, puedo crecer a su semejanza, y esto cada día, esperando su regreso, hasta que finalmente sea semejante a él, cuando lo vea tal como es.

Por lo tanto, tengo a Cristo como medida de mi posición, a Cristo como objeto de

mi corazón, a Cristo como Aquel a quien seré conformado. ¿Puede el alma desear más que eso? No; estoy plenamente satisfecho y tengo un descanso perfecto.

Pero también tengo:

2.2 - El poder (Rom. 8:9, 13)

2.2.1 - Hacer morir las obras de la carne por medio del Espíritu

«No estáis en [la] carne, sino en [el] Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom. 8:9). Sí, el Espíritu Santo mora en cada uno de los que están en Cristo, y él es la fuente del poder para caminar, luchar, servir y adorar. Sin esta preciosa provisión, estaríamos tentados de decir: es cierto que estamos en Cristo, pero ¿cómo podremos vencer los movimientos insidiosos de la carne que siempre permanece en nosotros? Encontramos la respuesta en el versículo 13: «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (v. 13). Así, el poder nos es dado siempre en proporción a todas las circunstancias que puedan presentarse, a fin de hacernos capaces de disfrutar de los privilegios de la posición a la que hemos sido llevados, y de rechazar todo lo que pudiera privarnos de estas bendiciones.

2.2.2 - La acción del Espíritu Santo con poder en el creyente solo se mantiene si este camina en comunión con Dios

No olvidemos que este poder no actúa independientemente de nuestra condición espiritual. Ningún hijo de Dios querría que fuera de otra manera. El Espíritu Santo habita en nosotros, de modo que nuestro cuerpo es su templo. Por lo tanto, si somos descuidados, indiferentes, buscando nuestro placer en el mundo en lugar de en Cristo; si, en una palabra, de cualquier manera, con pensamientos, palabras, miradas o actos de la carne, entristecemos al Espíritu Santo de Dios, por quien hemos sido sellados para el día de la redención, no pensemos ni por un momento que él se dignará emplearnos como vasos de su poder. Sería imposible. Sansón nos ofrece un ejemplo de esta importante verdad. Mientras mantuvo su separación, su nazareo, sus enemigos eran impotentes contra él. Los pisoteaba, por así decirlo, bajo sus pies. Pero desde el momento en que, seducido por las artimañas de Dalila, traicionó el secreto de su fuerza, se volvió tan débil como cualquier otro hombre y cayó inmediatamente en manos de sus despiadados enemigos. La acción del Espíritu Santo en poder en el creyente y por medio del creyente solo puede mantenerse mientras

este camina en comunión con Dios. Si descuidamos juzgarnos a nosotros mismos y caminar según la luz en la que estamos colocados, como Dios mismo está en la luz, aunque el Espíritu Santo no nos abandone, esperaremos en vano la demostración de su poder. Pero, por otra parte, si nuestro ojo es sencillo (y un ojo sencillo es aquel que no ve otra cosa que a Cristo), si Él es el objeto de nuestra vida, el Espíritu Santo, al no estar entristecido, nos sostendrá, sea cual sea la posición en que nos encontremos, y nos hará salir victoriosos de toda batalla que tengamos que librar. Si la carne busca restablecer su dominio, él nos hará capaces de rechazarla, de tratarla como a un enemigo ya vencido por el juicio de Dios; si el mundo quiere seducirnos con sus atractivos, el Espíritu nos recordará su verdadero carácter a la luz de la cruz de Cristo, y sus encantos desaparecerán; si Satanás nos asalta, el Espíritu nos fortalecerá para que resistamos al diablo, y él huirá lejos de nosotros.

2.2.3 - No debemos esperar ser conscientes de este poder

Recordemos, sin embargo, que no debemos esperar ser conscientes de este poder. Para muchos, esto es un escollo. Quieren sentir el poder y, al no sentirlo, concluyen que se encuentran en un mal estado de ánimo que les impide ejercerlo. No hay error más grande. Por otra parte, el Señor, como en el caso de Pablo (2 Cor. 12), se ocupa de quebrantar a sus siervos, les envía astillas en la carne, les hace pasar por la muerte en todas sus formas (vean 2 Cor. 4), con el fin de llevarlos al sentimiento de su absoluta impotencia, para que aprendan que el poder se realiza en la debilidad. Es entonces “cuando somos débiles, cuando somos fuertes”, porque la conciencia de nuestra debilidad nos lleva a la dependencia, y solo en la medida de nuestra dependencia nos damos cuenta de la fuerza de Aquel en quien nos apoyamos.

E incluso siendo dependientes (insisto en este punto), no siempre tendremos conciencia del poder. Así escribía Pablo a los corintios: «Me acerqué a vosotros con debilidad, temor y mucho temblor» (1 Cor. 2:3). Sin embargo, es evidente, según la propia Epístola y según el relato de su estancia en Corinto en los Hechos (Hec. 18), que en aquella época fue, de una manera muy especial, el canal de un poder extraordinario en el ministerio de la Palabra. Ahora también será muy a menudo lo mismo con los siervos del Señor. Cuántas veces les ha sido dado ver, después de un tiempo en el que habían sentido su debilidad e impotencia en la predicación de la Palabra, que era precisamente entonces cuando el Señor los había empleado más para la bendición de las almas. El mismo principio se aplica a todas las esferas de la vida cristiana; se podrían encontrar fácilmente ejemplos de ello en la historia bí-

blica. «¡Ah, Señor mío!», dijo Gedeón, «¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre». ¿Era esto una incapacidad para la misión a la que había sido llamado? Fijense en la respuesta de Jehová: «Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre» (Jueces 6:15-16). En realidad, Gedeón no era nada, pero Jehová lo era todo, y puede actuar allí donde uno siente su propia nada. Del mismo modo, para que el Señor manifieste su poder en nosotros y a través de nosotros, debemos rechazar la independencia en todas sus formas, debemos rechazar incluso todo lo que, según la naturaleza, nos ayudaría en nuestra obra o en nuestras luchas, a fin de depender total y únicamente del poder divino del Espíritu Santo.

2.2.4 - No estamos «dotados» de poder espiritual

También es un error suponer que podemos estar dotados, por así decirlo, de poder espiritual. Dios nunca da a ninguno de sus siervos una reserva de poder de la que puedan sacar de vez en cuando, hasta que se agote. El poder está siempre en él mismo, y no en ellos; por lo tanto, solo suministra de momento en momento, según la necesidad, lo que necesitan aquellos que caminan con él y en su dependencia. De ello se deduce que el que hoy es un hombre poderoso y valiente, mañana puede ser débil y tímido. Tal fue el caso de Elías. Lo vemos en el capítulo 18 del Primer Libro de los Reyes, frente a toda la multitud de adoradores de Baal y sus profetas envalentonados por la seguridad de la protección y el favor reales; está absolutamente solo, pero elevado por encima de sí mismo, los desafía y, confiando en que Dios mantendrá la gloria de Su nombre, camina adelante con el poder divino, desafía a Satanás hasta su fortaleza y obtiene una magnífica victoria. Pero ¿qué encontramos en el capítulo siguiente? Al mismo Elías huyendo ante las amenazas de la malvada Jezebel. ¡Ay, había olvidado en ese momento la fuente de su poder y, en consecuencia, el valiente hombre de ayer es hoy más débil que un niño pequeño! Así, una dependencia constante es la condición necesaria para la permanencia del poder espiritual. Si los siervos del Señor lo olvidan, Satanás a menudo logrará vencerlos.

Por lo tanto, como lo admitirán todas las almas sinceras, hay condiciones para el ejercicio del poder que Dios ha dado a los suyos por medio del Espíritu Santo que mora en ellos. Una vez reconocido esto, se puede insistir en que el poder es perfectamente suficiente en todas las circunstancias y para hacer frente a cualquier necesidad. Así, solo en este capítulo 8 de Romanos, se habla de aquellos que caminan según el Espíritu, que son guiados por el Espíritu, que por el Espíritu mortifican

las acciones del cuerpo, de aquellos a quienes el Espíritu ayuda en su debilidad y en quienes intercede con gemidos inexpresables. En varios otros pasajes vemos que nos hace capaces, como ya hemos dicho, de vencer la carne, el mundo y el diablo (vean Gál. 5:16-25; Efe. 6: 17-18; 1 Juan 2:14-27); que por él podemos entender la Palabra y comunicarla a otros (1 Cor. 2); que por su poder disfrutamos del acceso a Dios, el Padre (Efe. 2:18); que, en una palabra, para el caminar, la lucha, el testimonio (Hec. 4) o el culto (Efe. 5:18, 19; Fil. 3:3), el Espíritu Santo es nuestro único poder plenamente suficiente.

2.2.5 - No descansar hasta saber en la práctica lo que es ser instrumentos para la manifestación del poder divino en este mundo

Aun admitiendo esto como doctrina, ¿no hay peligro de olvidarlo en la práctica? Muchos hijos de Dios han aprendido, en cierta medida, a conocer su debilidad, pero no saben casi nada de la fuente de poder que tienen en el Espíritu Santo; otros creen en ella, pero no saben cómo aprovecharla; otros actúan en la vida cristiana como si todo dependiera, no de Él, sino de ellos mismos. Enfrentemos esta cuestión y preguntémosnos si lo que acabamos de exponer es cierto. Si lo es, no descansemos hasta saber en la práctica lo que significa ser instrumentos para la manifestación del poder divino en este mundo. Si nuestro deseo es glorificar así el nombre del Señor, pronto veremos que Dios se dignará servirse de nosotros en la medida en que caminemos bajo su dependencia y en obediencia a su Palabra.

Llegamos ahora al tercer punto que hemos mencionado, a saber:

2.3 - La consagración (Rom. 8:9-10)

La historia religiosa de hace unas décadas había mostrado en todas partes un gran deseo de una consagración más completa al Señor. Ahora bien, ¿quién puede dudar de que, a pesar de la gran mezcla de error y verdad que ofrecen los diversos movimientos que tienen por objetivo «la santidad», miles de almas no hayan encontrado en parte lo que buscaban y haber podido entrar así en una bendición espiritual más abundante? Hay que recordar siempre que Dios ayuda al alma, no según su inteligencia, sino según las necesidades que siente. Por lo tanto, dondequiera que se reúnan los santos para esperar al Señor, han encontrado una respuesta valiosa a su clamor y, desde ese momento, muchos de ellos han comenzado una vida de paz y libertad con Dios. Quizás utilicen expresiones que no son bíblicas; quizás se equi-

voquen sobre la realidad exacta de su relación con el Señor; quizás aún ignoren la plenitud de la gracia de Dios en la redención y la bienaventurada esperanza del regreso del Señor; pero el Señor tiene en sus corazones un lugar que nunca había tenido; se ha convertido al mismo tiempo en el objeto de sus almas y en el centro hacia el que se dirigen; la consecuencia es una verdadera bendición. Admitimos todo esto plenamente y con gozo. Lo único en lo que queremos insistir, y ello con vistas a una bendición más completa para ellos, es en la importancia de comprender los pensamientos de Dios en relación con la consagración de los suyos.

2.3.1 - El problema: ¿es un acto de abandono voluntario de nosotros mismos al servicio de Dios?

La cuestión que hay que examinar es, pues: ¿Qué es *la consagración*? La idea dominante es que consiste en entregarnos por completo al servicio de Dios mediante un acto de abandono de nosotros mismos. A veces incluso se oye decir que la consagración puede realizarse mediante un acto de nuestra voluntad y que, mediante una resolución definitiva y constante, podemos ofrecernos enteramente, con la cabeza, el corazón, el cuerpo y el alma, al Señor, para estar a su servicio, y a menudo se celebran reuniones en las que se exhorta a los asistentes a entregarse al Señor de esta manera.

Es muy posible que, cuando un alma es consciente de encontrarse en presencia de Dios, algún obstáculo, algún pecado habitual, alguna mala costumbre, alguna relación desagradable, sea a veces sacada a la luz, confesada y juzgada; en este caso, esa alma tendrá, sin duda, una verdadera bendición. Pero esto no es la consagración; y la pregunta sigue siendo: ¿Se encuentra en las Escrituras este acto por el cual se exhorta a apartarse, por así decirlo, y por el cual uno se entrega?

Lo primero que hay que señalar es que todas estas exhortaciones suponen poder en el hombre natural. Se nos considera capaces de alcanzar el objetivo propuesto, mientras que lo que debemos aprender (lo hemos visto en Rom. 7) es que el bien que queremos, no lo practicamos y, en una palabra, somos absolutamente incapaces de hacer, ya sea en nosotros mismos o por nosotros mismos, nada para Dios.

Se me preguntará si no estamos llamados a entregarnos a Dios y a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es nuestro culto racional.

Ciertamente, pero ninguno de estos pasajes favorece la idea de consagración tal y

como se acaba de exponer. Examinemos, pues, el significado de estos pasajes. El primero se encuentra en Romanos 6. La verdad expuesta en este capítulo es nuestra muerte con Cristo y el hecho de que, como muertos con Cristo, estamos justificados (o absueltos) del pecado (v. 1-7). El apóstol dice a continuación: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, murió al pecado una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus malos deseos; ni ofrezcáis vuestros miembros como instrumentos de iniquidad para el pecado, sino ofreceos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo [la] ley, sino bajo [la] gracia» (Rom. 6:8-14). Así, no solo somos considerados muertos con Cristo y justificados del pecado, sino que también debemos considerarnos vivos para Dios en Cristo Jesús, ya que Cristo murió una vez por todas al pecado y, en cuanto vive, vive para Dios. Por lo tanto, al ser liberados del pecado, nuestro cuerpo ya no está bajo su dominio y, por lo tanto, se nos dice que no entreguemos nuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que nos entreguemos a Dios, como resucitados de entre los muertos, es decir, como muertos con Cristo, pero ahora con una nueva vida en Cristo resucitado de entre los muertos.

2.3.2 - Romanos 6:13 y 12:1: entregarse a Dios es un acto hecho en el poder del Espíritu Santo en virtud de nuestra muerte con Cristo

¿Con qué poder se lleva a cabo esto? ¿Es por el poder de la voluntad? No, porque tenemos que considerarnos muertos, etc., por lo tanto, es por el Espíritu Santo, según el poder de la nueva vida que tenemos en Cristo resucitado. Ahora bien, hay que fijarse bien en lo que dice expresamente el apóstol que, al emplear la figura de un esclavo, ya sea del pecado o de la justicia, habla a la manera de los hombres debido a la debilidad de nuestra carne. De hecho, la cuestión aquí se refiere a nuestros cuerpos o a nuestros miembros. Ahora bien, por el hecho de que participamos en la muerte de Cristo, ya no somos esclavos del pecado, sino que hemos sido liberados. ¿Qué haremos entonces con nuestros miembros? La respuesta se encuentra en la exhortación contenida en este pasaje. Que ahora sean para Dios instrumentos de justicia; porque si, por un lado, debemos considerarnos muertos al pecado, por otro, debemos considerarnos vivos para Dios en Cristo Jesús. La verdad que se enseña en

este capítulo se deriva del versículo 11.

La exhortación de **Romanos 12:1** se relaciona con la doctrina del capítulo 6, aunque el llamado se basa en la verdad desarrollada al final del capítulo 8: «Os exhorto, pues, hermanos, por las compasiones de Dios», dice el apóstol. Las misericordias de Dios son las que él ha mostrado en la redención, y que se exponen en detalle en esta Epístola. Recordándonos, pues, lo que Dios es para nosotros en Cristo y lo que ha hecho, el apóstol, sobre esta base, nos exhorta a presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es nuestro culto racional. Aquí, al igual que en el capítulo 6, la exhortación se refiere a nuestros cuerpos, aquellos cuerpos que han sido liberados de la esclavitud del pecado y en los que, según la enseñanza del capítulo 8, ahora habita el Espíritu Santo. Esto explica el pensamiento del apóstol. No tenemos que traer, como los sacerdotes de antaño, un sacrificio muerto y colocarlo sobre el altar de Dios; sino que, en el poder del Espíritu Santo, tenemos que ofrecer un sacrificio vivo, un sacrificio perpetuo, por lo tanto, un sacrificio que debe ser presentado a Dios siempre y mientras estemos en la tierra. Pero ¿cómo se cumplirá esto? preguntarán aún. ¿Es por un acto de voluntad? No, eso sería imposible. Es en virtud de la aplicación de la muerte, Cristo gobernando nuestros cuerpos, en lugar de nosotros mismos, como esperamos explicar más adelante, y esto es un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios y, al mismo tiempo, nuestro servicio inteligente, el reconocimiento de lo que se le debe a Dios en el terreno de la redención. En otras palabras, nuestros cuerpos pertenecen a Aquel que nos ha redimido; pero esta verdad encierra la presentación de nuestros cuerpos a Dios, momento tras momento, como un sacrificio vivo, de modo que ahora él puede emplearnos para su propia gloria en testimonio de su amado Hijo.

2.3.3 - Lo que realmente es la consagración

El examen de estos pasajes nos ha preparado para considerar lo que realmente es la consagración.

2.3.3.1 - Según la consagración de Aarón y sus hijos (Éx. 29)

Para ello, tomaremos 2 pasajes de las Escrituras: uno del Antiguo Testamento y otro de **Romanos 8**. Veamos primero lo que se nos dice sobre la consagración de Aarón y sus hijos para el sacerdocio (Éx. 29). Sin entrar en detalles, indicaremos el significado de los ritos que acompañaban a esta consagración. En primer lugar, los que eran objeto de la consagración eran lavados con agua (v. 4), figura del nuevo nacimiento.

Es el hecho de nacer del agua y del Espíritu (Juan 3:5), es decir, la aplicación de la Palabra al alma por medio del Espíritu Santo. A continuación, eran = estaban colocados bajo la eficacia de la ofrenda por el pecado, habiendo sido sus pecados, en tipo, transportados a la víctima, por el acto de imponer sus manos sobre su cabeza. El juicio recae sobre ella, la sangre se pone sobre los cuernos del altar, y la carne, la piel, etc., se queman en el fuego fuera del campamento (v. 10-14). Así se quitan sus pecados y son llevados ante Dios según la plena aceptación del holocausto (v. 15-18).

Todo esto tenía lugar para *calificarlos para la consagración*: en lo que sigue, tenemos la consagración misma. En primer lugar, la sangre se ponía en el lóbulo de la oreja derecha, en el pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho de los sacerdotes; con el resto de la sangre se rociaba el altar por todos lados. Esto significa que Dios, en virtud del sacrificio de Cristo, quiere, según el valor de su preciosa sangre, la entera dedicación de sus siervos y sacerdotes, quienes, habiendo sido traídos bajo la eficacia de esta sangre, deben desde ahora escuchar, actuar y caminar únicamente para Dios. Comprados a precio, deben glorificarlo en sus cuerpos, que le pertenecen. Luego se tomaba sangre con el aceite de la unción y se rociaba sobre ellos y sus vestiduras, símbolo del poder con el que debían cumplir su servicio, no según la energía de la carne, ni por esfuerzo de su voluntad, sino bajo la unción y por la unción del Espíritu Santo.

En la siguiente ceremonia tenemos la verdad actual de la consagración. Todos mis lectores saben que estos sacrificios son tipos de Cristo. Que lean, a la luz de esta verdad, lo que se hacía con el carnero de consagración. Algunas partes de esta víctima, con una torta de aceite y otra de pan sin levadura, se ponían en las manos de Aarón y de sus hijos, y se hacían girar delante de Jehová como ofrenda. **Sus manos estaban llenas de Cristo** –Cristo en la entrega de su vida, representado por el pan sin levadura (la ofrenda de la torta, Lev. 2); Cristo en su entrega hasta la muerte, cuyo tipo es el holocausto. En realidad, el término traducido como consagrar significa “llenar las manos”, y así Aarón y sus hijos eran consagrados, teniendo, en figura, sus manos llenas de Cristo, y podían presentarse con él, única ofrenda aceptable, delante de Jehová. Aprendemos además que el alimento de los consagrados debía ser el amor de Cristo, representado por el pecho, y la fuerza de Cristo (representada por el hombro de la víctima); solo así podía mantenerse y manifestarse su consagración.

2.3.3.2 - La consagración según Romanos 8

«Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu

es vida a causa de [la] justicia» (Rom. 8:10).

Pasando ahora a Romanos 8, veremos que la consagración corresponde exactamente, aunque con un significado más profundo, a la verdad contenida en Éxodo 29. «No estáis en [la] carne», dice el apóstol, «sino en [el] Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene [el] Espíritu de Cristo, ese no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de [la] justicia» (v. 9-10). El versículo 9 nos da la verdadera posición cristiana, caracterizada por la posesión del Espíritu Santo y su morada en nosotros. La expresión es muy fuerte. Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, el Espíritu en cuyo poder Cristo mismo caminó y actuó cuando estaba aquí, no es de él; no se caracteriza como perteneciente a Cristo. Sea lo que sea, no se puede decir que un hombre sea cristiano, en el verdadero sentido de la palabra, si no tiene el Espíritu Santo. Aquí llegamos, pues, al mismo punto (aunque con un significado más amplio) que los sacerdotes, ungidos con aceite antes de su consagración real y para prepararlos para ella. Así leemos en el versículo siguiente: «Si Cristo está en vosotros», lo cual es también una marca característica del cristianismo (vean Col. 1:27). En otras palabras, no solo el Espíritu de Dios habita en el creyente, sino que Cristo también está en él. El Señor Jesús, hablando del tiempo en que vendría el Espíritu Santo, dijo: «En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros». En el primer versículo del capítulo 8 de Romanos, se dice que estamos en Cristo Jesús, y en el versículo 10, que Cristo está en nosotros, según estas palabras del Señor, que encontramos en Juan 14:20, y que solo podían entenderse cuando viniera el Espíritu Santo. Ahora bien, esta verdad de que Cristo está en nosotros es la fuente de nuestra consagración o, como también se podría expresar, nuestra consagración proviene del hecho de que Cristo está en nosotros. Ya hemos mostrado que, mediante la liberación, entramos en posesión del reposo y del poder; ahora veremos que la tercera bendición es la consagración.

En primer lugar, llamamos la atención sobre las palabras del apóstol: «Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de [la] justicia» (Rom. 8:10). Bien entendido, este pasaje es la consagración; eso es lo que espero poder explicar con la ayuda de Dios. Antes de nuestra conversión, como todos sabemos, gobernábamos nuestros cuerpos. Nos servían, según nuestra propia voluntad, para nuestros deberes, nuestros deseos o nuestros placeres. La voluntad era en cada uno de nosotros la fuerza directriz, y eso es lo que el apóstol quería decir cuando decía que antes éramos esclavos del pecado (Rom. 6:16-17). Nuestra propia voluntad (puesta en acción, es cierto, por Satanás y esclavizada a su poder por medio

de la carne) era la autoridad suprema que nos gobernaba. No es que fuéramos libres, porque «todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado» (Juan 8:34) y, ¡ay!, no hacíamos más que pecar, porque el pecado no es otra cosa que la independencia de Dios; es la iniquidad, es decir, una vida sin ley, sin freno, tal como la define el Espíritu de Dios (1 Juan 3:4); es no tener más ley que uno mismo y sus propios deseos.

Eso es lo que éramos, pero ahora leemos: «Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado», lo que significa, si me atrevo a parafrasear estas palabras: Sabiendo que, si la voluntad entra en acción, la consecuencia es el pecado; pero ahora que Cristo está en nosotros, consideramos muerto el cuerpo, para que ya no lo usemos según nuestra voluntad, sino para que Cristo lo use como instrumento para expresar su voluntad. Consideramos muerto el cuerpo, por la certeza de que habrá pecado si lo gobernamos nosotros mismos; y así añade el apóstol: «El Espíritu es vida a causa de [la] justicia». Considerando muerto el cuerpo, ya que Cristo está en nosotros, deseamos que Él, y no el pecado, sea el dueño, y miramos la actividad del Espíritu que mora en nosotros como la única vida que el cristiano debe conocer, si queremos estar llenos del fruto de la justicia que es por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios (vean Fil. 1:11). Es decir, la justicia práctica solo puede producirse en nuestra vida si el cuerpo está considerado como un vaso para Cristo por el poder del Espíritu Santo.

2.3.3.3 - Otros pasajes: Gálatas 2:20 y 2 Corintios 4:10: Consagración [1]

[1] Cristo tiene autoridad absoluta sobre el cuerpo de los suyos, de modo que son órganos que no expresan nada más que a Él mismo (= Cristo vive en mí).

Ahora podemos señalar algunos puntos que ayudarán a los lectores a comprender de manera sencilla la verdad de la consagración. En primer lugar, diremos que la consagración consiste en que Cristo tiene autoridad absoluta sobre los cuerpos de los suyos, de modo que son órganos que no expresan nada más que a Él mismo. Aclaran mi pensamiento 2 pasajes: «Con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en [la] carne, lo vivo en [la] fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y sí mismo se dio por mí» (Gál. 2:20). El mismo apóstol escribe: «Llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor. 4:10). En ambos pasajes tenemos lo mismo, a saber, que solo Cristo debe manifestarse por

medio del cuerpo de los suyos. La diferencia es que, en el primer pasaje, el «yo» está sustituido por: «ya no vivo yo, **yo**, sino que Cristo vive en mí», mientras que el segundo nos presenta el medio por el cual tendrá lugar la manifestación de «la vida de Jesús». Tal es la consagración: Cristo en lugar del «yo»; la supremacía de Cristo dentro de nosotros, y él mismo sirviéndose de nuestros cuerpos para manifestar lo que es en medio de las tinieblas de este mundo.

Es útil investigar cómo se puede alcanzar esta consagración, deseo de todo creyente sincero. Hemos señalado el hecho de que estábamos felices por la gracia de Dios, de aceptar a Cristo en la cruz como nuestro sustituto; que, una vez llevados a la verdad de la liberación, estábamos felices de aceptarlo a Él en lugar de nosotros mismos ante Dios; y ahora tenemos un paso más que dar, que es aceptarlo en lugar de nuestro yo, como nuestra vida en este mundo. Como el apóstol, debemos decir: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». Esto nos llevará a rechazar el «yo», en cualquiera de sus formas, porque hemos aprendido que el «yo» (la voluntad propia) no es más que maldad. Cristo se convertirá, por tanto, en el motivo, el objeto y el fin de todo lo que decimos o hacemos. Él mismo, aunque siempre fue el hombre perfecto, nos mostró el camino para alcanzar este objetivo. Nunca dijo palabras propias; nunca actuó por sí mismo; nunca habló ni actuó por sí mismo; es decir, no sacaba de sí mismo sus acciones y sus palabras. Todo era del Padre, como él mismo decía: «El Padre que mora en mí, él hace sus obras» (Juan 5:19; 14:10). Según este mismo principio, aquel que está en nosotros debe, por el poder de su Espíritu, producir nuestras palabras y nuestras acciones, para que unas y otras sean testimonio de él y de su gloria.

2.3.4 - Los obstáculos: la consagración se mantiene mediante la renuncia constante al «yo» por el poder del Espíritu Santo

Nosotros encontramos obstáculos, él no tenía ninguno. Era un vaso perfecto y podía decir: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Nosotros, en cambio, todavía tenemos la carne en nosotros, y la carne siempre codicia contra el Espíritu y busca obstaculizar su poder en nuestras almas. Por eso, el apóstol nos dice: «Llevando siempre en el cuerpo la muerte de Jesús» (2 Cor. 4:10), y en Romanos 8: «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne» (v. 13). Esto significa que siempre es necesario aplicar la muerte a todo lo que somos, para que haya en nosotros, en cierta medida, la expresión sin trabas de lo que es Cristo; el poder para lograrlo se encuentra en la posesión del Espíritu Santo. Supongamos, por ejemplo, que, al ser tentado, estoy a punto de dejarme llevar por la ira o de caer en algún otro pecado;

mirando fuera de mí mismo, a Cristo, y recordando que, por gracia, estoy asociado con él en su muerte, soy capacitado por el Espíritu para rechazar la carne, para considerarme muerto al pecado. De esta manera, Cristo mantiene su autoridad, vive en mí y habla a través de mí, en lugar de mí mismo. De ahí también la exhortación a no entristecer al Espíritu Santo de Dios (Efe. 4:30), porque si, cediendo de alguna manera a la carne, lo entristezco, no solo se oscurece la expresión de lo que es Cristo, sino que, al silenciar al Espíritu Santo, pierdo también el poder de mortificar las acciones del cuerpo.

Así, incluso aceptando a Cristo para mi vida en la tierra en lugar de mí mismo, la consagración solo puede mantenerse mediante el juicio constante de mí mismo en la presencia de Dios, día tras día, hora tras hora. Lo que lo manifiesta todo es la luz, y si estoy conscientemente en la luz, como Dios está en la luz, descubriré inmediatamente todo lo que no está en armonía con ella. Si entonces me juzgo a mí mismo, confesando mi falta, mi comunión con Dios se restablece; mi consagración se mantiene (vean 1 Juan 1). Lejos, pues, de la idea común de que la consagración consiste en un acto resuelto de abandono de uno mismo, vemos que comienza más bien por el hecho de que aceptamos a Cristo en lugar de nosotros mismos, que le damos su verdadero lugar de preeminencia en nosotros; y esta consagración se mantiene mediante la renuncia constante al «yo» por el poder del Espíritu Santo. Tal es la consagración a la que Dios, en su infinita misericordia, conduce al alma liberada.

2.3.5 - La consagración nunca será completa; la santificación progresiva

Sin embargo, debo añadir que nuestra consagración nunca será completa en este mundo. El Señor Jesús es el único hombre perfectamente consagrado, y es el modelo al que debemos conformarnos. Nuestra consagración actual es proporcional a nuestra conformidad con él, ni más ni menos. Por lo tanto, es un malentendido de las Escrituras hablar de una consagración total de nosotros mismos, y es un error aún mayor hablar de ella como algo que puede alcanzarse en un momento mediante un solo acto de abandono de nosotros mismos. El Señor, en la oración que dirigió al Padre, en la víspera de su crucifixión, dijo: «Por ellos me santifico a mí mismo, para ellos también sean santificados en la verdad» (Juan 17:19). Él seguía siendo el verdadero Nazareno, totalmente apartado para Dios, pero ahora estaba a punto de santificarse a sí mismo, de apartarse para Dios de una nueva manera, es decir, como hombre glorificado; y, como tal, debía convertirse en la medida de nuestra santifi-

cación, de nuestra santificación práctica. Por eso dijo: «para que ellos también sean santificados en la verdad», la verdad de lo que él es como santificado, apartado en la gloria. Para nosotros, esta santificación será, por tanto, progresiva, progresiva en proporción al poder de «la verdad» sobre nuestras almas.

El apóstol nos explica cómo se cumple esto: «Todos nosotros a cara descubierta, mirando como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3:18). Cristo en la gloria está ante nuestras almas, está absolutamente sin velo, revelado a nuestros corazones; contemplamos toda la gloria de Dios resplandeciente en su rostro, todas las perfecciones morales, todos los atributos, toda la excelencia espiritual de Dios, concentrados y revelados en este Hombre glorificado; ocupados así en él como objeto de nuestra contemplación y de nuestro deleite, somos, por el poder del Espíritu Santo, transformados gradualmente (porque es de gloria en gloria) a la semejanza de Aquel en quien se fijan nuestras miradas. Pero, repito, aquí nunca alcanzaremos plenamente esta semejanza, porque solo cuando le veamos tal como es, seremos semejantes a él (1 Juan 3:2). La manifestación de su vida en nuestros cuerpos aquí será proporcional a nuestra semejanza con él. Por eso, no puede haber en la tierra ninguna pausa en la búsqueda de la santidad práctica perfecta, y no se puede alcanzar aquí. Por la fe se puede buscar la santidad, pero no se puede afirmar con demasiada fuerza que la santidad de la que habla la Escritura es una conformidad total con Cristo glorificado. Es la santidad bíblica, y por la gracia de Dios podemos acercarnos a ella cada día más, pero solo será completamente nuestra cuando veamos cara a cara a nuestro precioso Salvador. Al mismo tiempo, aquellos que han conocido la verdad de la redención y han entrado en el gozo de la liberación, solo tendrán un deseo: que Cristo, y solo él, ocupe el lugar de supremacía y preeminencia que le corresponde en sus corazones y en sus vidas, y los gobierne así por completo.

2.3.6 - La característica del creyente consagrado: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí

Para concluir, señalaré brevemente los caracteres que distinguen al creyente consagrado. En primer lugar, y por encima de todo, no tiene voluntad propia. Como el apóstol, dice: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». Al ser crucificado con Cristo, ha acabado ante Dios con su propia voluntad, ligada al viejo hombre, y por lo tanto la trata como algo ya juzgado y rechaza su actividad. La voluntad de Cristo es

su única ley, le pertenece de manera absoluta, para que solo el Señor se sirva de él. A continuación, el creyente consagrado busca únicamente la gloria de Cristo. Veamos al apóstol Pablo cuando estaba en prisión, ante la posibilidad del martirio; ¿qué dice? «Según mi ardiente expectación y esperanza, que en nada seré avergonzado; sino que, con todo denuedo, como siempre, ahora también Cristo será magnificado en mi cuerpo, ya sea que yo viva o que muera» (Fil. 1:20). El «yo» había desaparecido de ante sus ojos, y la gloria de Cristo llenaba su alma. Además, aprendemos que Cristo era el todo, el fin, el motor y el objeto de la vida del apóstol, señal segura de su consagración. «Para mí», decía, «el vivir es Cristo» (Fil. 1:21). Y, aunque morir era una ganancia, no quería elegir, porque Cristo lo era todo para él, y solo Cristo sabía cómo el apóstol podía servirle mejor. Por fin, su esperanza era estar con Cristo. Cuando Cristo es el objeto de nuestro afecto, cuando llena nuestros corazones, no podemos sino mirar hacia adelante, hacia el momento en que estaremos con él. Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón, y el corazón siempre tiende a estar con su tesoro. Por lo tanto, si la muerte está ante el creyente consagrado, también dirá con Pablo: «Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:23), y si la muerte no está ante él, vivirá en la bendita esperanza del regreso del Señor, para estar con él para siempre. Tal es la esperanza que Él mismo ha puesto ante el alma, de modo que cuando dice: «Sí, vengo pronto», el corazón del consagrado responde: «*Amén, ven, Señor Jesús*» (Apoc.22:20).